



INTOLERANCIA CULTURAL: RACISMO, NACIONALISMO, XENOFOBIA

Isidro H. Cisneros*

De la gama de nuevas formas de intolerancia que observamos en nuestro tiempo, destaca el racismo como comportamiento social y como ideología política que establece una jerarquía en el interior de las sociedades en función de los atributos naturales y físicos de las personas pero también a partir de sus vestigios culturales. El ensayo analiza el concepto de racismo, sus expresiones y sus transformaciones. Se sostiene que el racismo es hoy una economía de la mente que al tiempo que simplifica la compleja realidad también provoca prácticas de exclusión.

From the range of new ways of intolerance seen in our times, racism stands out as a social behavior and as a political ideology which establishes a grading of societies depending on people's natural and physical characteristics, but also on their cultural heritage. This paper examines the concept of racism, its expressions, transformation and reproduction. It is held that racism is today an economy of the mind simplifying the complex reality and also generating exclusion practices.

Palabras clave: racismo, intolerancia, genocidio, limpieza étnica, ciudadanía, democracia.
Keywords: racism, intolerance, genocide, ethic, cleansing citizenship, democracy.

Las culturas humanas son mucho más numerosas que las razas humanas dado que las primeras se cuentan por millares y las segundas por unidades: dos culturas elaboradas por hombres pertenecientes a la misma raza pueden diferir igual o más que dos culturas pertenecientes a grupos racialmente lejanos.

Claude Lévi-Strauss, *Lo sguardo da lontano*,
Turín, Einaudi, 1984

* Doctor en Ciencia de la Política por la Universidad de Florencia, Italia. Profesor y Coordinador de Investigación en la FLACSO, Sede Académica de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Uno de los libros más sugerentes del profesor Norberto Bobbio se inicia con estas palabras: “he aprendido a respetar las ideas de los otros, a detenerme de frente al secreto de cada conciencia, a entender antes de discutir y a discutir antes de condenar. Y porque estoy en vena de confesiones, hago una última, quizá superflua: detesto a los fanáticos con toda mi alma” (Bobbio, 1986: 11-12). Con esta afirmación es posible introducirse en una de las problemáticas más relevantes del nuevo milenio, cuando presenciamos un resurgimiento de formas inéditas de racismo, xenofobia, fundamentalismo, esencialismo y exclusión. Por lo tanto resulta necesario construir enfoques alternativos para analizar estos viejos-nuevos problemas. El oscurantismo que representan los dogmas, las verdades absolutas y el fanatismo está en la base de las distintas formas de segregación que se desarrollan en nuestros tiempos. Estas exclusiones en muchos sentidos hoy constituyen nuevas formas de autoritarismo. Tanto la segregación y la discriminación como el racismo y la marginación representan formas extremas de intolerancia cultural. Con el término “racismo” se hace referencia a un conjunto de teorías y comportamientos fundados en una doble suposición: 1) que las manifestaciones culturales y las acciones históricas de los hombres dependen de la raza, y 2) que existe una raza superior a la cual corresponde la función de dominio sobre otras razas inferiores, es decir, el resto de la humanidad. El racismo en cuanto comportamiento se funda en exigencias de naturaleza irracional, se basa en esquemas mentales acríticos y rígidos.¹ El racismo muy frecuentemente conduce a la discriminación y a la segregación de individuos y grupos sólo por el simple hecho de pertenecer a una determinada categoría social, religiosa, lingüística o étnica. El racismo se asocia indisolublemente a la exclusión y al rechazo de la alteridad. Estudiosos como Hannah Arendt consideran que el pensamiento racial, con sus raíces afirmadas en el siglo XVIII, emergió de manera simultánea en todos los países occidentales durante el siglo XIX. El racismo —sostiene Hannah Arendt— había sido la poderosa ideología de las políticas imperialistas.² Sobre esta línea de reflexiones otros autores consideran que durante el siglo XIX el racismo representa un conjunto de doctrinas que en el momento en que se incorporan al espacio público se convierten en una verdadera ideología.

Es posible sostener que la ideología racista aparece como un fenómeno “profundamente moderno y occidental” (Wieviorka, 1993: 56). Así, un elemento

¹ “Una raza se presenta como un grupo humano que se distingue de cualquier otro grupo comprendido de la misma manera, por un conjunto de caracteres corporales y de propiedades psíquicas que le es propio y que engendra indefinidamente hombres semejantes a aquellos que lo componen” (Prenant, 1939: 90).

² “El racismo es la principal arma de las políticas imperialistas [...] todavía tiene crédito una antigua y errónea concepción del racismo como un género de exagerado nacionalismo” (Arendt, 1974: 224).

que permite distinguir entre la intolerancia social y la intolerancia cultural es que la primera representa solamente un rechazo al “otro”, es decir, al “diferente”, mientras que la intolerancia cultural plantea la persecución de la diferencia. La intolerancia cultural aparece representada por el racismo como una de las versiones contemporáneas del uso de la violencia para la eliminación de las diferencias. Este rechazo de la diferencia da vida a la heterofobia como una actitud que representa —para decirlo en palabras de Fernando Savater— la enfermedad moral de las sociedades contemporáneas. La heterofobia constituye en modo principal un “sentimiento de temor y de odio ante los otros, los distintos, los extraños, los forasteros, los que irrumpen desde el exterior en nuestro círculo de identificación” (Savater, 1993: 23-27). La heterofobia representa, en consecuencia, la desconfianza, el miedo y hasta el odio en contra de quienes no pertenecen a nuestro grupo. La “imitación social” que realizan los integrantes de la sociedad forma parte de la identidad colectiva que integra el nosotros que caracteriza a cualquier comunidad de individuos. Así, la “imitación psicosocial” representa un dispositivo en contra del disenso que pudiera manifestarse en el interior de un grupo y al mismo tiempo proporciona certidumbre y confiabilidad al resto de los miembros de la comunidad. De esta manera, Savater considera que en el grupo no viven sólo los que se parecen entre sí, sino “los que son lo mismo que es casi como decir: el mismo”. Esta identificación produce el “nosotros” en relación con el grupo social de referencia y al mismo tiempo la identificación de los “otros”, es decir, de quienes no forman parte del mismo grupo. En el análisis de las percepciones del sí mismo y del otro, distintos investigadores han sostenido que la diversidad del formarse y del diferenciarse de las identidades colectivas tiene que ver en modo primordial con la diferencia cultural entre los grupos (Ciafaloni, 1991: 157-160). Por lo tanto, el concepto de racismo representa, por un lado, un comportamiento constituido por el odio y el desprecio con respecto a personas que poseen características físicas bien definidas y distintas de las nuestras, y por el otro, una ideología concerniente a una graduatoria de las razas humanas. Tanto el comportamiento como la ideología no siempre aparecen al mismo tiempo. Incluso es posible distinguir entre racismo y racialismo: con el primero se hace referencia al comportamiento y con el segundo a las ideologías (Todorov, 1991: 115-131). El odio y la zozobra que se siente ante lo nuevo es una expresión típica de la heterofobia. Entonces, si adoptar las novedades y convivir con lo diferente es difícil dentro del ámbito de la identificación social, pluralizar las posibilidades dentro del ser colectivo es cosa aún más delicada.

El racismo aparece en sus orígenes como una formulación “naturalista” que se basa en los caracteres biológicos de los grupos humanos: rasgos fisonómicos, color de piel, estatura, forma del cráneo, factor sanguíneo RH,

es decir, los denominados caracteres raciales tomados como si expresaran alguna cualidad espiritual o social característica (Baker, 1972: 105-112). Con el paso del tiempo el racismo habría de desarrollarse como una concepción ya no de tipo antropológico físico, sino que el racismo asume nuevas connotaciones de tipo intelectual, moral y cultural. De esta manera surgen interpretaciones que explican la vida social con base en factores raciales.³ El desarrollo teórico del racismo ha seguido una línea de reflexión que parte en el siglo XVIII cuando se empezó a reconocer que “a pesar de que todos los hombres descendían de Adán” era posible distinguirlos en razas dotadas de muy diferentes capacidades, aunque no fue sino hasta el siglo XIX cuando el racismo adquirió un estatuto teórico con Joseph Arthur de Gobineau (1816-1882), quien en su obra *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* de 1855 se pregunta si es posible afirmar que todos los hombres “poseen en igual grado el poder ilimitado de progresar en su desarrollo intelectual? [...] mi respuesta es no” (Todorov, 1991: 156-157). Sobre esta base Gobineau da a las razas un orden jerárquico y en una escala única, en modo tal, que identifica tres grandes razas: negra, amarilla y blanca, las cuales se evalúan según los criterios de: belleza, fuerza física y capacidades intelectuales. El resultado para Gobineau es que la raza blanca ocupa el nivel superior en cada uno de esos ámbitos. Este tipo de racismo establecía una “escala” biológica y psicológica considerada imprescindible entre los diferentes grupos humanos. Al *Ensayo* de Gobineau se acompaña el punto de vista inglés sobre el racismo, con Houston Stewart Chamberlain (1855-1927), autor de la conocida obra *Los fundamentos del siglo XX*. Chamberlain consideraba que “la reunificada Alemania imperialista sólo podría afirmarse, dominar y salvar a la especie destruyendo a su opuesto identificado con el hebreo considerado como el origen de todos los males” (Albertoni y Livorsi, 1996: 283). La ideología racista encontró un impulso durante el siglo XIX, cuando se creía firmemente que del resultado del conflicto entre las razas dependía el destino de la humanidad. Al respecto es sintomático que todavía durante el siglo pasado importantes filósofos asumían esta discriminación por razones físicas y raciales como algo “natural”. Por ejemplo recordamos a Hegel, quien sostenía en su cátedra de la Universidad de Berlín que el “hombre negro” representaba al “hombre natural en su total barbarie y desenfreno”.⁴ Durante el siglo XX el nazismo retoma estas posiciones y las transforma en un programa político promovido por el Estado de persecución y genocidio sistemático y programado (Hobsbawm, 1996: 124-125).

³ Algunos investigadores creen que “la especie humana dio origen rápidamente a subespecies diferenciadas, entre las cuales, en el curso de la prehistoria, ocurrieron intercambios y mezclas de todo tipo: la persistencia de algunas características antiguas y la convergencia de características recientes se combinaron para dar cuenta de la diversidad que se observa hoy entre los hombres” (Lévi-Strauss, 1984: 5-31).

⁴ Citado por Bobbio, 1977: 363.

Fue solamente con el final de la segunda guerra mundial cuando se conoció con detalle el exterminio de los hebreos y la persecución de los gitanos, armenios, homosexuales y en general de todos aquellos que una raza autoconsiderada “superior” había señalado como “inferiores”. El descrédito en que se sumergió el racismo hacía pensar que éste no volvería nunca más a renacer y mucho menos con una connotación social y política de masas. El final de la segunda guerra mundial exhaltó en la comunidad internacional la idea de una sociedad donde la discriminación y el prejuicio habían sido derrotados en modo definitivo. Sin embargo, hoy el racismo aparece nuevamente como un fenómeno de nuestros días. Las teorías racistas ni siquiera consideran necesario suponer la superioridad de una raza o la inferioridad de otras. Basta con que reivindiquen la caprichosa biología antropológica como fundamento de las instituciones sociales y que supongan que la posesión de derechos civiles puede tener algo que ver, aunque sea remotamente, con la dotación genética de los ciudadanos (Taguieff, 1995: 143-204). Recordemos que la discriminación siempre ha significado eliminar las condiciones para un trato igualitario entre personas que formalmente tienen los mismos derechos. La tolerancia constituye el fundamento ético del sistema democrático y se funda en una idea de progreso y razón que heredamos del movimiento intelectual de la Ilustración con el cual se anunció el nacimiento de la modernidad. En sus vertientes inglesa y francesa esta idea del progreso y de la razón fundamentó teóricamente el rechazo de las divisiones artificiales típicas de los regímenes censitarios o estamentales del absolutismo. Esta concepción fue hegemónica en los ámbitos político y cultural durante más de dos siglos. Sin embargo, tal idea hoy ha comenzado a transformarse (Banton, 1997: 60-71).

Michel Wieviorka ha clasificado las diferentes expresiones del racismo a partir de cuatro niveles: el primero, denominado infrarracismo, se refiere a la difusión de prejuicios y de opiniones más bien xenofóbicas y no propiamente racistas, se caracteriza por la presencia de violencia ocasional y localizada; el segundo identifica un racismo fragmentado que se expresa abiertamente y que puede ser cuantificado en los sondeos de opinión y en ocasiones en expresiones frecuentes y reiteradas de violencia, es un racismo cultural que puede percibirse en distintos ámbitos y niveles de la vida social; el tercer nivel de racismo identificado por Wieviorka es el racismo político, el cual es capaz de movilizar a amplios grupos de la población y crear las condiciones para la aparición de la violencia de masas, en este nivel el racismo aparece como un instrumento para la disputa por el poder político y llega a formular una concepción articulada sobre la superioridad de una raza. Finalmente, el cuarto nivel del racismo es el que nuestro autor identifica con el racismo total, el cual desarrolla políticas

y programas consistentes orientados a la exclusión, la destrucción o la discriminación masiva y para tal fin recurre incluso a los intelectuales y a los científicos. Sobre la base de amplias teorizaciones se llega entonces a impulsar la legitimidad de una nueva estructura de las instituciones fundada en la existencia de categorías raciales. En este último nivel “el racismo busca subordinar todo: la ciencia, la técnica, las instituciones, pero también la economía, los valores morales y religiosos, el pasado histórico y el expansionismo militar; se plasma en todos los ámbitos de la vida política y social” (Wieviorka, 1993: 75-77). Estas formas de racismo se encuentran presentes en grados diversos en la mayoría de las sociedades contemporáneas. Actualmente los conflictos raciales representan una de las principales características de nuestros tiempos.

Presenciamos la aparición de formas inéditas de racismo que no se fundan más en las viejas ideologías biológico-científicas típicas del siglo XIX, fuente de enfoques “pseudocientíficos” —fuertemente influidos por el positivismo y el darwinismo social— como la Frenología, que realizaba una escala racial a partir de la forma del cráneo, o la Fisiognómica, que distinguía entre fenotipos “normales” y “anormales” (Albertoni y Livorsi, 1996: 281-287). En efecto, autores como Cesare Lombroso (1835-1909) consideraban posible una división de los hombres “normales” y “anormales”, de lo cual se derivaban sus “teorías científicas” sobre las razas superiores e inferiores. Hoy aparecen nuevos imperativos de la especificidad cultural (Taguieff, 1994: 369-370). En el panorama descrito están suspendidas las promesas inequívocas de progreso continuo y homogéneo que caracterizaron a las sociedades democráticas durante un largo periodo del siglo XX. La afirmación del régimen democrático en muchos países del mundo permitió la extensión de los derechos de libertad como una conquista de todos los seres humanos. Constatamos el desarrollo de un fenómeno asociado al resurgimiento del racismo y la xenofobia y que proyecta la limitación de los derechos civiles, políticos, sociales o culturales. Estas limitaciones hacen necesario reflexionar sobre las causas que generan exclusiones de individuos considerados “diferentes”, porque manifiestan su desacuerdo con las posiciones hegemónicas de tipo ideológico y político que son compartidas por quienes detentan el poder, o porque existen conflictos generados por la convivencia entre distintos grupos por motivos asociados a opiniones que implican prejuicios raciales, de lengua o referidas al grupo étnico de pertenencia (Levi, 1997: 17-34). En la sociedad democrática no es posible la pretensión a la unanimidad. La intolerancia cultural es representativa de actitudes dominadas por la arrogancia y la prepotencia de “verdades” tan dogmáticas como imposibles. Los fenómenos de intolerancia cultural se expresan con mayor frecuencia en dos ámbitos: en primer lugar, en el de las creencias y opiniones distintas, que como ya vimos implican argumentaciones

sobre la verdad y sobre la compatibilidad de verdades contrapuestas y, en segundo lugar, en el ámbito de las diferencias físicas o sociales. Es así como diversos estudiosos han identificado dos tipos de determinismos que aparecen en la base de estas prácticas de exclusión e intolerancia: de un lado el racismo biologicista y del otro el determinismo culturalista (Savater, 1993: 23-27). El primero representa la concepción más cruda del racismo, mientras que el segundo se caracteriza porque traslada a la lengua o a la identidad cultural del grupo el peso discriminador que antes se atribuyó al diferencialismo racial. Así, se han desarrollado una serie de argumentaciones teóricas sobre el “derecho a la diferencia de identidad”, derecho que en diferentes países es reivindicado por algunos grupos de la derecha como la Liga Norte en Italia o el Frente Nacional en Francia (Wieviorka, 1993: 81). En el terreno del diferencialismo racial el estereotipo sirve para justificar la hostilidad al extraño, el desprecio o la satanización del disidente. La intolerancia cultural, el odio por el diverso y la incapacidad de soportar al otro, hoy aparecen de nuevo y en este escenario los medios de comunicación de masas desempeñan su parte (Wieviorka, 1977: 88-103). Las nuevas formas de intolerancia cultural que observamos en los últimos años han hecho que la Organización de las Naciones Unidas hayan declarado acciones concretas contra el racismo.⁵ La decisión del exterminio de masas fue en la historia reciente el último escalón de la lucha por conservar el mito de la pureza de las razas. Pero el interrogante al cual hoy se enfrentan las sociedades contemporáneas es: ¿por qué ocurren estos endurecimientos en contra de grupos minoritarios justo en el momento actual caracterizado por la ausencia de paradigmas universalmente aceptados acerca de las modalidades de la vida asociada? Una respuesta posible la brinda el mayor incremento de la brecha existente entre pobres y ricos en todo el planeta y el reacomodo de fuerzas políticas que significó la fractura del socialismo realmente existente. Desde Chechenia hasta Albania, desde Ruanda hasta Zaire, desde Belgrado hasta Filipinas, desde Argelia hasta Timor Oriental aparece la intolerancia cultural y muchas veces bajo la forma de intolerancia política, económica o religiosa.

La intolerancia cultural puede ser representada por las migraciones. Una evidencia de los efectos de esta intolerancia es el “asalto” demográfico que se dirige hacia los países considerados ricos. Los extranjeros, sobre todo si son de condición humilde, siempre han sido tratados con sospecha. He aquí el origen de la xenofobia. Ya los antiguos griegos habían considerado

⁵ Es así como el 21 de marzo de todos los años ha sido declarado el día mundial en contra del racismo. Esta iniciativa ha dado vida a los comités *sos Racismo* en 17 países, una de cuyas misiones consiste en informar acerca del estado de la intolerancia en el mundo. Esta red de asociaciones es una respuesta a lo que ha sido considerado un crecimiento en el mundo de la indiferencia hacia la violencia racial (Ben Jelloun, 1997: 25-34).

a los extranjeros como “bárbaros” y a pesar de contribuir al crecimiento de la gran ciudad que fue Atenas, en cualquier caso no gozaban del estatus de ciudadanos o miembros de la comunidad política (Matteuci, 1990: 934-935). Sin embargo, algo que no se debe olvidar es que el racismo de los antiguos es muy diferente al racismo de los modernos. El primero consideraba al extranjero como un inferior, pero no como un enemigo. En los tiempos actuales el racismo parte de una consideración del inmigrante como alguien diferente a quien es necesario no solo neutralizar, sino también marginar (Revelli, 1996: 139-140). Por lo general en situaciones de exclusión económico-social se considera que, en relación con los “intrusos”, la guerra y la persecución no conocen ni límites, ni reglas. Aquí la relación de desigualdad originaria entre las partes hace no regulable el conflicto. No sólo no existen reglas, sino ni siquiera lenguajes compartidos. El otro es un advenedizo al que hay que excluir o mantenerlo alejado lo más posible. De esta manera es como la segregación —que según Wieviorka puede ser étnica, racial o total— define espacialmente al racismo: “traza figuras espaciales, ya sea a través de mecanismos sociales espontáneos, comportamientos individuales en los cuales la movilidad social se mezcla con un fondo de racismo, o mediante la intervención de las instituciones, locales o nacionales, de leyes, reglamentos o violencias más o menos toleradas por el poder público” (Wieviorka, 1993: 99). Desde este punto de vista el racismo representa “el suplemento interior del nacionalismo; ese suplemento necesario para que los estados-nación logren proyectar, en la vida cotidiana y en una perspectiva histórica, una autarquía que sería imposible desde un punto de vista cultural” (Balibar, 1995: 123-142). En los últimos años, los conceptos de nación, etnia y raza representan, por lo tanto, una forma de pensamiento esencialista que para Pierre-André Taguieff “condensa y endurece las características diferenciales atribuidas a uno o varios grupos sociales y los eterniza fijándolos en estereotipos”.⁶ Tanto, que para los racistas la percepción de la diferencia es más importante que la propia diferencia. En tal contexto la Nación es considerada un concepto multidimensional en la medida en que representa a un grupo humano que comparte tradiciones y costumbres en “un territorio histórico con recuerdos y mitos colectivos, una cultura de masas pública, una economía unificada y derechos y deberes legales e iguales para todos sus miembros” (Smith, 1997: 39). Las sociedades contemporáneas se enfrentan a la creación de lo que Octavio Paz denominó “un nuevo cuerpo político”, es decir, un nuevo tipo de civilización de carácter multicultural y multirracial (Paz, 1996: 8). El poeta sostiene que el nacionalismo iberoamericano nació en el siglo XIX más

⁶ “El racismo es la afirmación absoluta de la diferencia” (Taguieff, 1994, p. 29).

como ideología que como realidad histórica, ya que no reflejó la composición multicultural de las sociedades: “en la inmensa América hispana hay muchos Estados y una sola lengua. Nuestra geografía política es irracional. Es la hija de nuestra historia desventurada y del fracaso de la independencia” (Paz, 1992: 14-18). A esta problemática también se han referido otros autores, quienes sostienen que el concepto de Nación ha representado un elemento central en la fundamentación simbólica del Estado moderno. El estado posnacional producto de la globalización plantea el dilema de la diversidad y del surgimiento de tendencias contradictorias y de zonas de resistencia al universalismo típico de las sociedades complejas. Estas zonas de resistencia reivindican la autonomía de los sujetos parciales.

Un hecho característico de las sociedades de nuestros días es la pluralidad de grupos existentes en su interior: unos más débiles que otros en la esfera pública. La discriminación no es un fenómeno fácil de eliminar, ya que se esconde detrás de formas diversas y se transforma con el tiempo. El prejuicio que generalmente acompaña a una discriminación representa una actitud que sin ningún fundamento científico atribuye una relevancia política y social a las características físicas, de idioma o más en general, culturales. Los racistas proclaman siempre como ideal la pureza de la raza: “el enemigo por combatir es el extraño de otra raza que viene a procrear híbridos en nuestras hijas” (Savater, 1993: 24). El racismo permite definir las conductas colectivas de ciertos grupos sociales situados en un campo de conflicto frente a un adversario. Este adversario muchas veces es externo, por lo que el fenómeno de la intolerancia cultural encuentra un fuerte estímulo y un componente central en la idea del nacionalismo. Bobbio habla incluso de la existencia de prejuicios de carácter nacional: “no existe nación que no tenga una idea persistente, tenaz, difícilmente modificable de la propia identidad que se caracteriza, justamente, en razón de la pretendida y presunta diversidad de todas las otras naciones” (Bobbio, 1979: 5). Existe un recelo hostil ante lo extranjero que se funda en intenciones que no conocemos y en una apariencia y tradiciones culturales que son inquietantes. De estos rasgos que “desconocemos” surgen los prejuicios colectivos en contra de las minorías. No debemos olvidar que todas las civilizaciones se benefician del intercambio de ideas, de la transmisión de técnicas y de la propagación de ideales. Lo que le perturba al intolerante —quien es portador de un fuerte prejuicio racial— en la figura del extranjero o del otro es la necesidad de estar condenado a convivir con otras formas de comportamiento que son diversas de las suyas. Por lo tanto, la identidad nacional sólo pasa a lo político cuando “el conjunto de las demás identidades o pertenencias, componentes y fuentes del vínculo social como el sentido común, están alteradas, socavadas o en trance de hundimiento”; entonces, la oferta identitaria del demagogo

nacionalista “encuentra la demanda ideológica de manera óptima cuando los demandantes no tienen ya otra cosa que defender sino la misma existencia, real o ficticia, del ‘nosotros’” (Taguieff, 1993: 70). Lo característico de nuestras sociedades actuales es el reconocimiento de la pluralidad de grupos y de la autonomía de los individuos. La organización moderna de las sociedades ya no se funda en una entidad colectiva tradicional que podríamos denominar “pueblo” o “nación”, sino que deberemos denominar a esta nueva identidad política y cultural: “ciudadanía”. Aunque es necesario reconocer que no todas las manifestaciones de xenofobia y heterofobia revisten la misma gravedad, sí es posible reconocer que todas ellas sin excepción pueden ser consideradas como enfermedades sociales y en muchos casos morales. Las dos lógicas a las cuales responde el racismo son, de acuerdo con Pierre-André Taguieff, en primer lugar, la lógica individualista-universalista que postula la necesaria homogeneidad cultural de la sociedad en función de los valores occidentales y que presupone una evaluación negativa de cualquier diferencia que implique un ideal de homogeneidad; y del otro, la lógica tradicionalista-comunitarista que postula la irreductible diversidad de las culturas y presupone que las diferencias son, en cuanto tales, positivas. La lógica individualista-universalista aparece como una manifestación extrema de la heterofobia y promueve un movimiento asimilacionista orientado a la abolición de las identidades comunitarias y de las tradiciones particularísticas, en tanto que la lógica tradicionalista-comunitarista aparece como una manifestación de la heterofilia que promueve el derecho a la diferencia étnico-cultural y por lo tanto aparece como diferencialista (Taguieff, 1994: 27-50). Estas lógicas proyectan en muchos aspectos la tensión relativismo-universalismo.

Encontramos la xenofobia representada por una actitud que consiste en atribuir a los integrantes de cualquier grupo humano, como un signo distintivo e irremediable, una serie de defectos que se dan, como diría Gobineau, con “lamentable imparcialidad entre todos los hombres”. La xenofobia proviene de racionalizar la antipatía que despiertan los miembros de otras comunidades. En esta racionalización juega un papel destacado la xenofobia en cuanto odio por lo extranjero y como “sentimiento inspirado en el temor obsesivo e irracional hacia ellos” (Borja, 1997: 991). Entre esta clase de actitudes es posible identificar también a los nacionalismos más fanáticos y a los partidarios a ultranza de la “identidad” de la colectividad. Por esto los xenófobos siempre se apoyan en concepciones peligrosas acerca de la psicología de los pueblos o el destino de las naciones. La xenofobia se alimenta de prejuicios nacionales que son históricos y culturales. Tanto la xenofobia como el racismo tienen como primera consecuencia la discriminación del otro y su segregación como un sujeto absolutamente diferente. Dicho de otra forma, el racista considera estas diferencias como

características insuperables en modo definitivo. Con frecuencia la xenofobia adopta un perfil más pragmático, sobre todo si el forastero es pobre, un sujeto socialmente marginado no sólo sobre el plano étnico sino también económico-social. Esto ha sido más evidente durante los flujos migratorios de individuos que huyen hacia un ambiente económico-social más propicio, ya sea por ausencia de posibilidades de subsistencia económica, ya sea por escasez de oportunidades para encontrar una mejoría social. Las migraciones masivas de una región a otra se producen por racismo, persecuciones, intolerancia cultural o religiosa, por catástrofes de la naturaleza o por simples problemas de pobreza. Los emigrantes buscan trabajo, prosperidad, paz y respeto a sus creencias personales y juzgan el valor de lo que pueden conseguir en comparación con lo que dejan atrás. El estado democrático debe promover la tolerancia multicultural sobre todo porque “el hecho de que el Estado declare en sus leyes que no acepta ciudadanos que no sean de origen nacional autoriza a la sociedad civil a tratarlos con poco respeto y constituye un buen terreno para cultivar la violencia racista” (Zincone, 1994: xi). El problema de la migración también plantea importantes aspectos acerca de las modalidades de inclusión política en las sociedades modernas. El problema de la ciudadanía pluralista pone en tela de juicio uno de los fundamentos de la ciudadanía clásica: la pertenencia nacional como base de la membresía política. La intolerancia cultural no sólo limita los derechos de libertad sino que también, y lo que es más grave, nulifica las reglas de la convivencia democrática. El pensamiento laico y el sentido de la moderación se contraponen a cualquier forma de “histeria colectiva” típica de los nuevos esencialismos y fundamentalismos culturalistas. En las democracias modernas la ciudadanía define el espacio del hombre libre y esto tiene que ver con el ejercicio de los derechos que deben corresponder a las unidades territoriales de pertenencia y no al grupo social o étnico originario. La tolerancia multicultural aparece, por lo tanto, como un reconocimiento necesario de la diversidad, de la complejidad y del pluralismo político que existe en las sociedades de nuestro tiempo. Uno de los principales desafíos en el siglo XXI consiste en transformar la intolerancia cultural en una actitud de moderación y de diálogo que permita coexistir no sólo con las diferencias sino a pesar de las diferencias entre los individuos, hombres o mujeres que sean. Ése es el desafío de la sociedad democrática.

recibido en diciembre de 2000

aceptado en abril de 2001

Bibliografía

- Albertoni, Ettore y Livorsi, Franco, 1996, "Razzismi, imperialismi e colonialismo", en *Politica e istituzioni*, Milán, EURED.
- Arendt, Hannah, 1974, "El pensamiento racial ante el racismo", en *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus.
- Baker, Paul, 1972, "El concepto biológico de raza como instrumento de investigación", en *Ciencia y concepto de raza*, Barcelona, Fontanella.
- Balibar, Etienne, 1995, "¿Existe un 'racismo europeo'? elementos de análisis y de iniciativa", en Juan Pedro Alvite (coord.), *Racismo, antirracismo e inmigración*, Donostia, Tercera Prensa.
- Banton, Michael, 1997, "Perché dobbiamo distinguere tra 'razzismo' e 'discriminazione razziale'?", en Luigi Tomasi (comp.), *Razzismo e società pluriethnica*, Milán, Franco Angeli.
- Ben Jelloun, Tahar, 1997, "Il razzismo, la paura e l'ignoranza", en *sos Razzismo*, Milán, Feltrinelli.
- Bobbio, Norberto, 1977, "Eguaglianza", en *Enciclopedia del Novecento*, vol. II, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana.
- , 1979, *La natura del pregiudizio*, Turín, Regione Piemonte.
- , 1986, "Prefazione alla prima edizione", *Italia Civile*, Florencia, Passigli Editori.
- Borja, Rodrigo, 1997, "Xenofobia", en *Enciclopedia de la política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ciafaloni, Francesco, 1991, "La percezione di sé e dell'altro", en *Uguali e diversi*, Turín, Rosenberg & Sellier.
- Hobsbawm, Eric, 1996, *Historia del siglo xx*, Barcelona, Crítica.
- Lévi-Strauss, Claude, 1984, "Razza e cultura", en *Lo sguardo da lontano*, Turín, Einaudi.
- Levi, Primo, 1979, "L'intolleranza razziale", en *La natura del pregiudizio*, Turín, Regione Piemonte.
- Matteucci, Nicola, 1990, "Razzismo", en *Dizionario di politica*, Turín, UTET.
- Paz, Octavio, 1992, "Respuestas nuevas a preguntas viejas", en *Vuelta*, núm. 192, noviembre.
- , 1996, "Particularismos, universalismo y literatura", en *Vuelta*, núm. 235, junio.
- Prenant, Marcel, 1939, "El mito de la raza", en *Raza y racismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

- Revelli, Marco, 1996, "Il razzismo, lato oscuro dell'ideologia moderna", en *Le due destre*, Turín, Einaudi.
- Savater, Fernando, 1993, "La heterofobia como enfermedad moral", en *Vuelta*, núm. 205, México, Editorial Vuelta.
- Smith, Anthony, 1997, *La identidad nacional*, Madrid, Trama Editorial.
- Taguieff, Pierre-André, 1993, "El nacionalismo de los 'nacionalistas'", en *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós.
- , 1994, *La forza del pregiudizio*, Bolonia, Il Mulino.
- , 1995, "Las metamorfosis ideológicas del racismo y la crisis del antirracismo", en Juan Pedro Alvite (coord.), *Racismo, antirracismo e inmigración*, Donostia, Tercera Prensa.
- Todorov, Tzvetan, 1991, *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI Editores.
- Wieviorka, Michel, 1977, "Il razzismo e i media nelle società democratiche", en *Razzismo e società pluriethnica*, Milán, Franco Angeli.
- , 1993, *Lo spazio del razzismo*, Milán, Il Saggiatore.
- Zincone, Giovanna, 1994, *Uno schermo contro il razzismo*, Roma, Donzelli.